

Científicas en los medios: una cadena de sesgos, desde el laboratorio hasta la prensa

Michele Catanzaro

Fijarse en la escasa presencia de las investigadoras en los medios es como mirar por una cerradura: lo que vemos es una parte pequeña de lo que hay detrás de la puerta. La cadena de procesos que va del laboratorio a la prensa está plagada de sesgos de género. Estos afectan a los actores implicados (científicos, periodistas y lectores) y a la información transmitida (tanto técnica como periodística). Si se quiere mejorar el resultado final, es necesario intervenir en toda la cadena.

Al principio de la cadena están los científicos. «En mi departamento soy la única mujer catedrática desde finales de los años 1980», apuntó en el debate María Casado. Las científicas son minoría en los medios (como indica el estudio de Pablo

Francescutti), en parte porque son minoría en la ciencia (como indica el *Informe científicas en cifras*).

La política científica tiene muchos deberes pendientes en este asunto. Pero, ¿cómo pueden contribuir los medios? En primer lugar, manteniendo esta cuestión en la agenda. En 2016, la periodista Ángela Bernardo constató que no había ni una mujer entre los galardonados con el Premio Nobel. En 2015, la periodista Connie St. Louis denunció que el Premio Nobel Tim Hunt había pronunciado frases machistas en un debate. En ambos casos, las periodistas sufrieron sendos «linchamientos» por diversos actores, lo que revela el arraigo del patriarcado en la ciencia y en la sociedad. En segundo lugar, es importante

renovar la narrativa. El clásico artículo que presenta una galería de científicas excelentes está muy manido. Al contrario, enfoques menos banales (por ejemplo, los problemas de las parejas de científicos, o el «bache de los 40» que afecta a las investigadoras de mediana edad) generan interés y debate.

Pasemos ahora a la información técnica generada por la ciencia. «Hay grandes sesgos de género en la misma producción del conocimiento científico», dijo M^a Teresa Ruiz Cantero. El reciente estudio de la Universidad de Miño sobre cómo una mujer tiene que arquear la espalda para gustarle a un hombre es un ejemplo de que la ciencia puede ser muy machista.

Gina Rippon y Cordelia Fine han identificado algunos rasgos típicos de los estudios neurosexistas. Por ejemplo, considerar las diferencias estructurales o funcionales en el cerebro de hombres y mujeres como innatas, o como señales de distintas capacidades; o publicar los pocos estudios que detectan diferencias y dejar en el cajón los muchos que no las detectan.

Londa Schiebinger observa que en los experimentos se emplean más animales machos que hembras. Además de un peligro para la salud, prácticas de este tipo ocultan hallazgos que se alcanzarían

teniendo en cuenta la dimensión de género (*gendered innovation*).

También en este eslabón de la cadena, la ciencia tiene deberes pendientes. Los medios, por su parte, deberían ser más cautos en amplificar estudios que emplean nimias diferencias para confirmar prejuicios sociales. Bastaría con preguntarse: ¿las diferencias son relevantes?, ¿son innatas?, ¿se traducen en diferencias de capacidades? Esto no quiere decir ignorar la dimensión de género. Al contrario, es recomendable poner el foco en las diferencias que sí cuentan, como por ejemplo en las cuestiones de género que afectan a la salud.

El siguiente actor en la cadena son los periodistas. El estudio de Francescutti detecta que hay más periodistas científicos hombres que mujeres, y que ellos citan a las científicas menos que ellas (al contrario, en la base de datos PerCientEx de buenas prácticas en periodismo científico, hay 15 autoras sobre un total de 33; cuando se pone el foco en la excelencia, los méritos parecen estar más igualados).

Este asunto está en el corazón de la acción 7 de las 15 acciones para un periodismo digno que se propusieron en 2017 en Barcelona: «facilitar la promoción efectiva de las mujeres en lugares de toma de decisiones», por medio de «planes de igualdad», «discriminación positiva» y «adaptar

los ritmos productivos a las personas, y no viceversa». A más corto plazo, se podría redactar un conjunto de breves recomendaciones prácticas: una especie de *check-list* para que los periodistas científicos detecten sus propios sesgos de género al escribir un artículo.

En nuestro recorrido, llegamos ahora a los contenidos periodísticos. ¿Tendrían los periodistas que imponerse cuotas de género? Hasta cierto punto, sí. Cuando se trata de citar una fuente para que comente un estudio, hay cierto margen de arbitrariedad; en este caso, ¿por qué no priorizar a expertas? Los buscadores de expertas podrían ayudar mucho, si fueran menos rudimentarios. «Las oficinas de prensa también podrían contribuir más», observó Antonio Villarreal. Otro ámbito de actuación son las secciones de opinión, en las cuales se podría apostar más por la voz en primera persona de las investigadoras.

No cuenta solo cuántas científicas aparecen, sino también cómo se las representa. Diversos estudios detectan que los medios se fijan en su aspecto físico y en su papel de esposas y madres, y que en las fotos salen a menudo en posición subordinada. ¿Es correcto preguntar a una investigadora cómo concilia trabajo y familia, o si ha tenido dificultades por ser mujer? Yo creo que no tiene sentido ocultar las

circunstancias que afectan a la vida de una persona. Al contrario, creo que es muy útil explicitarlas: el género, pero también la clase social, la etnicidad, la diversidad funcional, el origen en el norte o en el sur del mundo, etc. La cuestión es explicitar sin estereotipar.

Además, es hora de preguntar sobre su papel de género también a los hombres: ¿sería tan raro preguntar a un investigador que se pasa meses en una base ártica sobre cómo concilia trabajo y familia? «Hace tiempo, se pensaba que ya estaba superado escribir “la primera mujer que hace esto o aquello”: el hecho es que eso sigue siendo noticia», observó Mónica Salomone.

Acabamos nuestro recorrido con los lectores. La encuesta de percepción social de la ciencia indica que el interés por la I+D sigue siendo mayor entre los hombres que entre las mujeres. Dar espacio a contenidos alineados con las inquietudes de las mujeres y fomentar un público lector educado, crítico y exigente (también en cuestiones de género) son algunas de las estrategias posibles. No obstante, no sorprende que las lectoras puedan sentirse incómodas con la información científica, visto todo lo anterior. Hay que trabajar todos los eslabones de la cadena para ver reflejados los efectos en el resultado final.